

UMBRAL DE LAS TINIEBLAS

de Carlos M. Federici

25. ACCION DIRECTA



CON POSTERIORIDAD me he preguntado —extrañado yo mismo ante lo vivo de mis reacciones en aquellos momentos— cómo fue posible que un individuo hecho a una vida chata y sin más alternativas para la emoción que ocasionales ratos de abandono compartidos con alguna damisela tan complaciente como lo determinase mi disponibilidad económica, pudiese colocarse a la altura de los acontecimientos que siguieron...

Nunca llegué a responderme. Quizá el secreto radique en ciertas potencialidades dormidas —o voluntariamente anestesiadas— en lo profundo de los estratos subconscientes... Acaso existan defensas ancestrales, colocadas allí, con infinita y omnisciente previsión, por Alguien que no ha de ignorar que casi todos, alguna vez, podemos vemos forzados a recurrir a ellas.

O tal vez, por el contrario, todo sea cuestión de plantear la exigencia inmediata e ineludible: entonces el ser humano —éste inclusive— extrae recursos de donde jamás supuso que existiera reserva alguna... No lo puedo saber.

Con un pantalón grueso y mi saco de *tweed* sobre el pijama, amén de un par de fuertes y silenciosos mocasines, me consideré preparado. Llevaba la Polaroid colgada del cuello, el diminuto grabador dentro de un bolsillo del saco, y la Browning en un puño sudoroso.

El problema consistía en salir sin hacer ruido.

LEVANTÉ la linterna con la mano libre y entreabrí la puerta estremando las precauciones.

Oscuridad absoluta, tal como lo había pensado... Consulté el reloj, ya ceñido a la muñeca. El tenue ángulo fosforescente demarcado por las manecillas indicaba las cinco menos veinte. Calculé que aún faltaría alrededor de un par de horas para el amanecer, siendo otoño, y en aquellos parajes.

Salí. Comprobé, satisfecho, que las suelas de los mocasines no causaban mayor rumor sobre la piedra. Apreté el botón de la linterna con el pulgar. Un círculo de luz hizo surgir ante mí la desconcertante perspectiva del pasillo. Intenté acordarme del camino a seguir. ¡Era preciso encontrar la salida... y en el menor tiempo posible!

Creo que tuve suerte. Me llevó menos de lo que pensaba el desandar los meandros del pasaje por el que Vodde me había traído, un par de horas antes. Bajé después por la escalera, tan rápido como era compatible con la prudencia, traspuse la arcada ojival de intrigantes bajorrelieves y me desplacé como una hiena a través del frío y lóbrego salón.

Sufrió un acceso de pánico al no lograr abrir la puerta de primera intención. Pero enseguida noté una reducida portezuela, anexa al portal principal, que se hallaba entreabierta. Extinguí la luz de la linterna y salí a la noche.

ORIENTARME no resultó tan difícil como había temido. Tras cruzar el puente, di vuelta al castillo por la parte exterior del maloliente foso y conseguí situarme directamente, según supuse, bajo la ventana del Cuarto Azul. Entonces corrí a través de un claro lívido de luna, hasta verme detenido por las sombras, hinchidas de susurros, del bosque.

Aferré con fuerza la 9mm, di luz a la linterna y avancé.

¡Y casi pego un salto al darme de boca con la rígida figura de Kató Florescu... la prima-ama de llaves!

—¿**Q**UÉ ES esto? —inquirió, desdeñosa.

Sus labios y sus manos se mantenían plegados. No había nada de calor en aquellos ojos que me escrutaban. Me sentí vacilar. ¡Era la última persona que habría esperado encontrarme!... Encajaba mejor en su cama, profundamente dormida, quizás con un novelón a medio leer al lado. Pero, de madrugada, sola por el bosque...

No me iba a ablandar. Tenía que tocar el fondo del asunto.

—¿Qué es lo que está haciendo aquí? —interrogué con dureza.

Ni pestañeó. Sus ojos inexpresivos recorrieron íntegra mi figura.

—No es asunto suyo. ¿Qué está haciendo *usted*?

—Vi algo raro desde la ventana —dije—. Bajé para investigar.

Alzó una ceja. No era mucho, pero bastó para ridiculizarme.

—¿Algo... raro? —preguntó.

Carraspeé. Me sentía estúpido.

—Un... ritual. Bailan, hay algo como un altar...

—¿Ah, sí?

—¡Sí! —repliqué, con sequedad—. ¡Y creo que la señorita Verna está entre ellos!

—¿Qué? —Dejó escapar una risita hiriente—. Es mejor que se vuelva a la cama, joven, y siga soñando ahí con ella...

Sin darme cuenta, enfurecido, volví el caño de la 9mm hacia la despectiva mujer, que hizo tanto caso de él como lo habría hecho de un barquillo de helado. La luz de la linterna la golpeaba de lleno, sin siquiera inmutarla.

—¡Sígame —exigí—. ¡Ya verá si es un sueño o no!

Volvió a reírse, sin dar muestras de la menor alarma.

—Le voy a hacer el gusto... ¡Qué sorpresa se va a llevar, joven! Créame que me da pena de usted...

(Continúa)

¿QUÉ ESTÁ HACIENDO LA FLORESCU EN EL BOSQUE..., EN MEDIO DE LA NOCHE?... ¿A QUÉ SE DEBE SU ACTITUD DE SUPUESTA INCREDELIDAD RESPECTO A LAS PALABRAS DE POLETTI?... ¿SERÁ TAN INOFENSIVA COMO PARECE? ¿O ESTARÁ COMPLICADA EN ALGUNA SINIESTRA TRAMA, EN PERJUICIO DE NUESTRO HÉROE?... ¡INESPERADAS REVELACIONES EN EL PRÓXIMO EPISODIO! ¡NO DEJE DE LEERLO!

ALGO SOBRE EL AUTOR

Nacido en Montevideo en 1941, Carlos M. Federici debutó en la narrativa en 1961, con el cuento "*El Secreto*", aparecido en la revista "*Mundo Uruguayo*" (hoy extinta). Desde 1968 comienza difundir sus relatos policíacos, de fantasía y de ciencia ficción en el mercado internacional, siendo posteriormente traducido a varias lenguas. Es autor de seis novelas, y paralelamente ha tenido incursiones en el cómic, habiéndosele otorgado diversos premios en certámenes literarios a lo largo de su trayectoria.

Panorama de su obra en:

<http://urumelb.tripod.com/autores/federici/index.htm>

"*El Umbral de las tinieblas*" es copyright 1985-2016, Carlos M. Federici.

SI A TI TE INTERESA CONECTARTE CON EL AUTOR AQUÍ ESTÁ SU DIRECCIÓN DE CORREO:

cmfederici@hotmail.com